

UNA RELECTURA DE «EL PRÍNCIPE»

Extracto del discurso de ingreso del Académico de Número

Excmo. Sr. D. Sabino FERNÁNDEZ CAMPOS

Una relectura de «El Príncipe» es un análisis de la obra más famosa de Nicolás Maquiavelo.

Después de dirigir un saludo respetuoso a SS.MM. los Reyes, que presiden el acto, el nuevo académico expresa también su reconocimiento a quienes, al elegirle, le permiten sentir el orgullo de encontrarse entre ellos.

Dedica después un afectuoso recuerdo a los dos académicos que le precedieron en el sillón que va a ocupar, los Generales Diez Alegría y Salas Larrazábal, cuya vida y obra reseña y ensalza.

Al justificar la elección del tema a desarrollar en este discurso de ingreso, dice que ha decidido acudir a un libro clásico, polémico y mil veces comentado, por si resultara de utilidad recordar ahora, al hacer de él una nueva lectura, hasta qué punto están aplicándose en la vida política actual, los principios, las ideas y los consejos en la obra contenidos.

Tal vez así —se sugiere— sea posible pensar en algo que se vislumbra con creciente y apremiante necesidad:

El final de una era y el comienzo de otra en la actividad política y en el conjunto de la sociedad.

* * *

Cuando tantos comentarios ha merecido la obra del escritor florentino, se pretenden tan sólo hacer unas reflexiones en cuya sencillez puede estribar su único mérito.

Para extraer criterios y experiencias de esta nueva lectura de «El Príncipe», ha de comenzarse por situar la obra en su momento, en las circunstancias políticas

de entonces y teniendo en cuenta las características de las personas que ejercían misiones de gobierno en la época en aquélla contemplada, sin olvidar tampoco, como es lógico, la personalidad y la situación de su autor.

En «El Príncipe» pueden distinguirse, por otra parte, dos aspectos fundamentales: El de los detalles referidos a hechos concretos, y el de los principios generales, expuestos con una mayor permanencia teórica. Por tanto, se considera conveniente, en el comentario, pasar por una especie de imaginario tamiz todo el libro, de forma que a través de él se pierda cuanto pueda considerarse circunstancial y pasado de actualidad, para retener en cambio la teoría política que, al ser más perdurable, pueda tener aplicación o reflejo en nuestro tiempo e incluso en los futuros.

Sobre Maquiavelo se han ejercido las críticas más diversas. Al pasar revista a las mismas, se hacen diversas referencias concretas y, muy especialmente, a los comentarios de Napoleón Bonaparte.

Pero, en definitiva, el «maquiavelismo» a que ha dado lugar el libro de Nicolás Maquiavelo, suele definirse como el empleo de la mala fe, cuando es necesario, para sostener la política de un Estado; como el modo de proceder con astucia, doblez y perfidia.

¿Será ésta una definición exacta?

Por eso, a continuación se trata de escudriñar y hasta de fantasear sobre la personalidad de Maquiavelo y sus propósitos al escribir «El Príncipe».

Pero lo cierto es que esta obra, no sólo ha excitado el interés de los hombres de acción en todas las épocas, sino que, de una u otra forma, les ha servido de inspiración.

* * *

Es de observar que los asertos más duros y radicales de Maquiavelo tratan de apoyarse siempre en lo que pudiéramos llamar un estado de necesidad, en el carácter extraordinario de una situación concreta. Pero la generaliza de tal manera que la convierte poco menos que en normal y continuada.

Es posible que Maquiavelo no fuera sincero al dar los consejos y apoyar las conductas que se recogen en «El Príncipe». En primer término, es de destacar la falta de coincidencia entre estas ideas y las que contiene otra de sus obras: «Los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio».

Por otra parte, Maquiavelo se encuentra en una situación en la que necesita un empleo, un cargo político que le permita evitar «los continuos y duros ataques de una suerte adversa». Por eso dedica su libro a Lorenzo de Médicis, tal vez aconsejando los procedimientos que el destinatario deseaba aplicar.

Quizá le fuera atribuible aquella frase de Tácito en los «Anales» «Sabía muy bien Germánico que los tribunos y centuriones tienen por costumbre decir las cosas más como saben que han de agradar que como ellos las entienden».

También puede ocurrir que en «El Príncipe» floten el humor y la sátira, tan sutiles que cueste trabajo llegar a comprender de qué manera ejerce una crítica despiadada al poner de manifiesto con crudeza, pero bajo el velo del elogio, el retrato de la realidad. Quizá suceda que su verdadera pretensión fuera despertar la conciencia y la alarma de los ciudadanos con respecto a lo que el tirano está haciendo o el príncipe sin escrúpulos puede llegar a hacer.

Tal vez está creando y describiendo una clase política apartada de todo sentido ético y unas personalidades monstruosas en el ejercicio de sus poderes.

¿Será «El Príncipe» en el fondo una sátira agudísima, una verdadera burla?

¿Quién era en definitiva Nicolás Maquiavelo? ¿El tirano de «El príncipe» o el republicano, demócrata y liberal de los «Discursos».

* * *

Cualquiera que sea la personalidad de Maquiavelo y los impulsos últimos que le llevaron a escribir «El Príncipe», lo cierto es que el libro contiene unas teorías penosas y desilusionantes, pero siempre dignas de atención.

Puede ser que Maquiavelo haya hecho de «El Príncipe» un espejo en el que se refleje la realidad de su mundo. Declara y escribe lo que los hombres hacen, no lo que deberían hacer.

Sus criterios olvidan los principios básicos del derecho natural para proporcionar a los gobernantes reglas prácticas, al objeto de obtener o conservar sus dominios. Eso sí, cuando no hay más remedio.

Para Maquiavelo no es indispensable que un príncipe posea, de verdad, grandes cualidades; pero sí lo es que parezca que las posee.

Aunque Maquiavelo considera ideal y deseable que el príncipe, el gobernante, sea honesto, magnánimo, piadoso, inteligente y sincero, descarta rápidamente esta posibilidad de que tales cualidades puedan aplicarse con éxito en un mundo al que animan sentimientos contrarios. Es preciso, pues, si se desea triunfar en la política, mentir, engañar, simular, faltar a la palabra y a la verdad.

Maquiavelo, en «El Príncipe», dio carta de naturaleza política a la vieja máxima de que el fin justifica los medios.

Hay conclusiones o consejos funestos que se derivan de «El Príncipe» y que han marcado en el mundo conductas expeditivas o procedimientos drásticos de gobernantes en todos los tiempos.

Otra consecuencia que se puede extraer de la obra y que nos desconsuela profundamente, es que Maquiavelo no cree en la evolución de la humanidad hacia el bien. Según él, todo ha sido siempre igual en la Historia y lo seguirá siendo, sin esperanza de cambio.

De las recomendaciones incluidas en «El Príncipe» destacan también las que se refieren a la conservación de poder y la tendencia irresistible a convertirlo en

unipersonal. Por lo visto, el poder es maravilloso. El poder absoluto, absolutamente maravilloso.

Desde luego Maquiavelo está convencido de que no se gobierna para ángeles, sino para hombres. Pero lo triste es que considera a éstos como demonios.

* * *

En el discurso se dedica un capítulo a comentar algunos aspectos de «El Príncipe» menos extremistas y que encierran una utilidad basada en la indudable experiencia del autor.

Así Maquiavelo dirige al que denomina «el príncipe nuevo», algunos consejos válidos, referidos a la forma de obtener los principados o, en definitiva, el poder; a la virtud o a la suerte; al agradecimiento; a la casualidad, a los aduladores del príncipe y al acierto de éste al evitar los halagos y aceptar los buenos consejos.

Puede recordarse a este respecto la sentencia de Don Quijote: «De los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente u otro vano respeto la disminuya».

* * *

Se comenta a continuación en el trabajo la posible permanencia y aplicación en nuestro tiempo de las principales teorías de Maquiavelo, si bien se advierte que el análisis es puramente teórico y generalizado, sin referirse nunca a un país determinado, a un partido o tendencia política y, menos aún, a personas concretas.

Es verdad que la vida ha cambiado, que las costumbres son distintas y se ha progresado en los más variados aspectos; pero al pasar revista a lo que de «El Príncipe» queda en el tamiz imaginado al principio, como teorías más generales y duraderas, las conclusiones pueden ser penosas.

Y ¿Cuál hubiera sido la opinión de Maquiavelo de haber conocido la influencia de la prensa, de la radio, de la televisión y de la propaganda?

Después de reflexionar sobre las políticas actuales, en tantas ocasiones inspiradas por los criterios de Maquiavelo o simplemente coincidentes con ellos, se llega a la conclusión de que, sin necesidad de mencionarlos, cada uno puede evocar sucesos recientes o comportamientos llevados a la práctica, y deducir de ellos que siguen en vigor las teorías expuestas en «El Príncipe», o que continúan albergándose en los hombres las tendencias, los sentimientos y las pasiones que el escritor florentino consideraba inherentes a nuestra naturaleza.

Y esta realidad no deja de ser preocupante.

* * *

De los conceptos de Maquiavelo parece deducirse también que no ignora la existencia de unos principios éticos, de un derecho natural. Pero estima que no

son aplicables a la política, con lo cual parece crearse una clase especial a la que hay que aplicar también unos especiales conceptos éticos . Es decir, que la ética resulta muchas veces incompatible con la política.

Por eso se piensa en el discurso, sobre la necesidad de una modificación profunda y se hacen unos comentarios que parecen referirse, mas que a «El Príncipe», de Nicolás Maquiavelo, a «La Utopía», de Tomás Moro.

* * *

Sin embargo, es preciso pensar en la utopía. O mejor aún, no en la utopía total, perfecta y lejana, sino en utopías parciales, sucesivas y más inmediatas.

Los políticos —los príncipes de nuestro tiempo— están muy ocupados en el ejercicio del poder o en la preparación necesaria para obtenerlo o conservarlo; tienen que limitarse a gobernar y resolver los problemas de cada día, sin tiempo a reflexionar sobre el futuro. ¿No podrían ser las Reales Academias, bajo el alto patronazgo de S.M. el Rey, las que dediquen una parte importante de su pensamiento colectivo al estudio de ese futuro diferente que se nos acerca?